

ANTONIA REBOLLEDO HERNÁNDEZ

LA "TURCOFOBIA".
DISCRIMINACION ANTIARABE EN CHILE,
1900-1950

Estimulados por presiones de orden político, económico y religioso, además de una cierta cuota de espíritu aventurero, árabes provenientes de las zonas de Palestina, Siria y Líbano abandonaron el desestabilizado Imperio Otomano en busca de mejores condiciones de vida. El movimiento se inició hacia fines del siglo pasado, perdurando hasta las primeras décadas del siglo siguiente.

Muchos de estos migrantes llegaron a América estableciéndose a lo largo de todo el continente; también en Chile, aunque en mucho menor número que en otros países latinoamericanos. Los datos indican que para todo el período nuestro país recibió a aproximadamente 8.000 inmigrantes árabes.¹

Sin embargo, y contrariamente a lo que podría pensarse de acuerdo a estas menguadas cifras, ellos han tenido una destacada participación en los más diversos ámbitos de la vida nacional, contribuyendo decididamente al progreso del país. De hecho, llegaron a controlar una parte significativa de la industria textil en Chile, y a participar con éxito en el mundo de las altas finanzas y de la política. Es por esta razón, más que por su dimensión cuantitativa, que el estudio de este grupo de inmigrantes adquiere para nosotros particular interés.

Este artículo se ocupa de uno de los tantos aspectos que involucró la llegada de los árabes al país: a la reacción de los chilenos ante dicha inmigración. Es decir, a la percepción que de ella hubo en los distintos estratos de la sociedad y a la forma en que esta presencia fue asumida en el medio nacional.

I. EL ENCUENTRO DESAFORTUNADO

Los antecedentes revisados indican que los inmigrantes levantinos debieron soportar una actitud de rechazo que se prolongó por largo tiempo.

¹ Sanfuentes, Andrés, *La influencia de los árabes en el desarrollo económico de Chile*, Santiago, Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Chile, 1964, 88.

Fueron presa de acusaciones con implicancias socioculturales, económicas y raciales que hicieron muy difíciles sus primeros años de permanencia en Chile.

Esta situación trascendió a los inmigrantes afectando también a sus hijos y a sus nietos, aunque a estos últimos en menor escala. No son pocos los chileno-árabes que reconocen con cierta reticencia y pudor haber sido objeto de algún tipo de rechazo, cuando niños en el colegio, e incluso de adultos. La literatura y la prensa de colonia y la nacional, por otra parte, así lo confirman.

Una forma de desprecio fue denominarlos peyorativamente "turcos", actitud que hirió doblemente su susceptibilidad, pues, además de asignarles una nacionalidad que no les correspondía, se los identificaba con sus opresores, con quienes no tenían ninguna afinidad sino aversión y que eran, además, los responsables de sus desventuras. Para quienes padecieron en carne propia el dominio turco era muy doloroso que aquí se les tildara de tal. ¡Ellos eran árabes y no "bárbaros turcos"!²

Como parte del Imperio turco los inmigrantes viajaron con pasaporte de esta nacionalidad, induciendo al error en el enrolamiento inicial. Sin embargo, aunque ellos se esforzaron por hacer la diferencia, el mote prevaleció, y aun en conciencia del error se los siguió llamando así. No se trataba, entonces, ya de desconocimiento, es probable que sí lo fuera entre la gente de clase baja que, por ignorancia, siguió empleando el término, pero entre los demás, los sectores de cierta preparación, la intención fue molestar. Así fue advertido por los miembros de la colonia árabe que, de una u otra forma, sufrieron la experiencia.

Es obvio que no era la palabra "turco" la que incomodaba a jóvenes y adultos árabes, o chileno-árabes, sino la forma en que era dicha y su intencionalidad.

Los testimonios señalan que se "turqueó" tanto al vendedor ambulante, a los tenderos y sus familias, como también en ciertas oportunidades a quienes habían alcanzado posiciones destacadas. No era, entonces, una cuestión vinculada exclusivamente al prestigio o éxito económico, había otros factores involucrados.

Los inmigrantes parecían no conocer la razón de la hostilidad que se les expresaba a diario en la calle o en la prensa y se quejaban de ello públicamente: "De vez en cuando, y con justificado desagrado —decía un artículo editado en el *Aschabibat*—, leemos en algunos diarios locales una crítica sin base en

² "Seguramente el instinto que hay en cada ser humano —escribió un inmigrante— me hizo comprender, mucho antes de conocer el idioma, el sentido despectivo que aquí en Chile se le ha dado a la palabra turco". "Y es probable que la impotencia en que me hallaba para explicar las cualidades y la historia de mi raza me causaran indecible amargura al oír el tono con que los chilenos decían: es turco". Chuaqui, Benedicto: *Memorias de un emigrante*, Santiago, Editorial Orbe, 1942, 278.

contra de nuestra colonia, un artículo científico sobre nuestros defectos, nuestra procedencia —siendo tan conocida por todo el mundo— o sobre nuestras creencias. Y todas estas malevolencias son infundadas.

Si en realidad algunos de nuestros compatriotas proceden mal en algunas ocasiones, de ello no puede responder la colectividad en general. Por lo tanto, no se debe hacer pagar a los buenos por los malos; porque en todas las colectividades, en todas las naciones y en todas las cosas hay elementos diversos, divididos en categorías o lo que equivale a decir que hay buenos y malos en todas las cosas. ¿Y por qué, entonces, apenas un connacional nuestro comete un acto malo llueven los ataques A CARGA CERRADA contra todos "los turcos" (como nos llaman), y no pasa lo mismo con otras colonias extranjeras? ¿Será porque somos más modestos? ¿O más resignados?...".³

La verdad es que los árabes tenían fundados motivos para sentirse perseguidos y segregados. Al margen de la antipatía profesada por el ciudadano común, la autoridad —en los primeros tiempos— tampoco dio muchas muestras de aprecio o respaldo. Con motivo de la celebración del Centenario de la República la colonia donó un monumento en testimonio de agradecimiento y afecto al país. Instalado en un lugar público, éste fue mandado retirar al poco tiempo por la autoridad edilicia por considerarlo antiestético.⁴

En principio los inmigrantes permanecieron impasibles ante esta situación y ante lo que ellos calificaron como una "campaña de prensa" organizada, que destacaba lo negativo y callaba las buenas obras y aportes de las que eran autores. Luego reaccionaron. Materializaron su defensa a través de dos vías: la prensa y las sociedades de beneficencia o de servicio a la ciudadanía.⁵

La prensa periódica ofrecía la ventaja de aunar las voces de molestia y de llegar a más gente. De ahí que algunos diarios y semanarios fundados por la colonia tuviesen este fin específico. Otros, no obstante, orientaron su labor hacia la unificación o cohesión de los inmigrantes en torno al pasado común y hacia el progreso intelectual de sus miembros.⁶

Partiendo de la base —real o equivocada— de que el rechazo tenía su origen en la desinformación y en el desconocimiento de este pueblo, los miembros de

³ "¿Por qué nos miran mal?", en *Aschabibat*, N° 4, Santiago, octubre de 1917.

⁴ Sobre este incidente ver: Solberg, Carl, *Immigration and Nationalism. Argentina and Chile. 1890-1914*. Austin, University of Texas Press, 1970, 72; *Juventud Ilustrada*, año I, N° 17, Santiago, 1° de junio de 1918, y Chuaqui, *Memorias*, 280-281.

⁵ El artículo 2° del Reglamento de la Sociedad Juventud Homsienne, fundada el 1° de septiembre de 1913, establece que se comprometerán esfuerzos en: "...propagar la cultura y la moralidad, fomentar y enaltecer el nombre de los sirios por todos los medios conducentes a este objeto", *Estatuto de la Juventud Homsienne Siria*, Santiago, Imprenta Pino, 1914, 6.

⁶ La revista *Juventud Ilustrada*, fundada en 1917, planteaba como su objetivo principal "el engrandecimiento y la defensa de la colonia árabe", en *Juventud Ilustrada*, año II, N° 24-25, Santiago, 15 de septiembre de 1918.

la colonia se esmeraron por incluir aquí numerosos artículos de divulgación que dieran a conocer su idiosincrasia, historia y costumbres, junto con llamar a la comunidad nacional a interesarse en conocer la verdad.⁷

En el empeño y entusiasmo por difundir las virtudes del pueblo árabe, y de los sirios específicamente, la objetividad fue en muchas oportunidades dejada de lado por los miembros de esta comunidad. Refiriéndose a las características de los inmigrantes de esta nacionalidad, un autor escribió entusiastamente: "El sirio se distingue por su inclinación al trabajo y la actividad; y trabajando vive todo el tiempo, sea cual fuere su trabajo, mientras que el ocio es un enemigo suyo. El sirio es de sentimientos bondadosos y caritativos, prueba de ello es que a pesar del reducido número de nuestra colectividad en Chile —en relación con las otras— mantiene organizadas numerosas instituciones de beneficencia que trabajan con celo y tesón en pro de los que sufren en la miseria —sin bombo ni pretensión— pues casi lo hace silenciosamente.

El sirio es enemigo acérrimo de los malos vicios: la ebriedad, el juego, la corrupción, etc. El sirio es honrado en todos sus actos, especialmente en su comercio, pues todos los sirios se dedican al comercio limpio, y ninguno mantiene negocio sucio, como ser burdeles, tabernas, etc.

El sirio es enemigo de los desórdenes, y todos reconocen que vive tranquilo y retraído de toda agitación, pues nunca se ha sabido de un turco anarquista o agitador, u organizador de bandas de ladrones o bandidos, al menos aquí en Chile. El sirio es de carácter dócil y afable, obedece y cumple todas las leyes morales y gubernativas, es modesto por demás y respetuoso para con todos sus semejantes..."⁸

Con todo, a pesar de estos esfuerzos, el rechazo permaneció latente por décadas. Innumerables aclaraciones y protestas en la prensa árabe así lo señalan. Cuando las diferencias se creían superadas surgía nuevamente el prejuicio. No con la misma intensidad y en forma aislada, pero recurrente. Incluso por móviles políticos, el desdén y los conceptos peyorativos siguieron

⁷ Uno de estos artículos decía: "Ayuda moral quiero de ti, y ella está reducida a rehabilitar el nombre de ese peregrino, que es el pueblo sirio, libanés y palestino en particular, y en general la raza árabe.

Poco sacrificio te costará: sólo leer y hacer leer a los demás, la serie de conversaciones fraternales que contigo entablaré en estas honrosas páginas, conversaciones por las cuales llegarás a conocer de acabada manera la idiosincrasia de mi pueblo, sus afectos, sus caracteres, sus ideas, sus aptitudes...

Quiero, lector amigo, que aceptes mi amistad y la de mis hermanos, que procures comprendernos, conocernos, tal cual somos, no tal cual nos pintan, y que divulgues en el seno de tu familia, entre tus amigos, en todas partes, la verdad sobre nosotros". Mac-Ifol: "Un llamado a la conciencia de los hombres libres", en *Aschabibat*, N° 130, Santiago, 15 de noviembre de 1919.

⁸ "El carácter de los sirios", en *Aschabibat*, N° 29, Santiago, 24 de noviembre de 1917, l.

evidenciándose hasta en fechas relativamente recientes.⁹ En 1954, el comentarista Marcos Chamudes calificaba esta actitud como impropia de un país civilizado, planteando que al ministro de Economía no se lo debía atacar en cuanto a turco sino en cuanto a Tarud.¹⁰

La limitación de las oportunidades y la exclusión de ciertos espacios y círculos sociales fue el costo de la discriminación que los inmigrantes vivieron en Chile, pero no la violencia ni la agresión física. Por lo menos no generalizada, porque sí hubo excepciones. Es necesario señalar, sin embargo, que la "turcofobia" no fue un fenómeno exclusivo de Chile, sino que también hubo manifestaciones en este sentido en otros lugares de América.¹¹ Y aunque hoy por hoy no constituye más que un mal recuerdo, y uno que otro hecho aislado no empañan la convivencia armoniosa de los inmigrantes y sus descendientes con los miembros de la sociedad receptora, la segregación y la discriminación fueron una dura realidad que se mantuvo por décadas.

Pero, ¿cuál fue la forma concreta en que esta discriminación se materializó en la vida diaria del inmigrante, cuáles fueron las principales causas que la motivaron y cuál el contexto en que ella se produjo? Veámoslo.

2. LAS CRÍTICAS VINCULADAS AL ÁMBITO ECONÓMICO

Entre las muchas acusaciones de que fueron objeto los árabes están aquellas de carácter económico.

Una fue la actividad por ellos desarrollada: el comercio. Por un lado, se cuestionó la utilidad e importancia que esta rama de la economía tenía para el país y, por otro, su prestigio social.

⁹ Véase: *PEC. Política, Economía, Cultura*, año X, N° 449, Santiago, 14 de abril de 1972, 13; *Mundo Árabe*, Santiago, abril de 1972, 22, y *La Provincia*, La Serena, 27 de marzo de 1972.

¹⁰ Chamudes, Marcos, *Cuidado, no me desmienta... (Historia de una jornada)*, Santiago, Editorial Alonso de Ovalle, 1954, 30.

¹¹ En este artículo titulado "Siempre los ataques injustos. 'La idea nacional' y nuestra colonia en Buenos Aires", se informa a los chilenos de ascendencia árabe de la emisión de conceptos deshonrosos e insolentes contra todos los sirios radicados en Argentina, en el periódico *La Idea Nacional*. Se indica que los miembros de la colonia trasandina han respondido a todas las injustificadas "injurias" por medio de la prensa, y que han lanzado ediciones especiales en idioma castellano para aplastar las calumnias editadas por dicho periódico. *Aschabit*, N° 42, Santiago, 23 de febrero de 1918.

Su presencia en Argentina también fue cuestionada por motivos de orden económico. "A causa de su notoria dedicación a la venta ambulante, el inmigrante árabe fue calificado como poco provechoso, de acuerdo a las necesidades del país". "Los sirios y los libaneses, entre los cuales había muy pocos con oficios calificados, contrastaban, quizás más notoriamente que otros inmigrantes, con la idea de que las elites argentinas se habían hecho acerca de la inmigración necesaria que prefería agricultores y a industriuosos artesanos". Tasso, Alberto: "Migración e identidad nacional", en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, año II, N°s 6-7, Buenos Aires, 1987, 326-327.

En relación con lo primero, la opinión era que para contribuir en una forma efectiva al progreso de Chile había que dedicarse a la explotación de las riquezas que éste poseía; es decir, a la agricultura, a la pesca, a la minería, etc. Sobre todo, si dichos recursos eran vastos en posibilidades debido a su abundancia y al parcial aprovechamiento que de ellos se había hecho. La necesidad se orientaba, entonces, a contar con individuos capaces de incorporar nuevas riquezas a la economía nacional y a intensificar y racionalizar las ya existentes.

En esta perspectiva, la gestión alemana en las provincias del sur fue valorada, pues significó el inicio de la productividad agrícola y maderera en la zona.

Según este criterio, los inmigrantes que menos habían aportado eran aquellos que se dedicaron "solamente a aumentar los intermediarios entre el productor y el consumidor".¹² Ellos alzaban artificialmente el valor de las mercaderías y contribuían al encarecimiento general de la vida. Los meros distribuidores de bienes y riquezas, por lo tanto, no eran bienvenidos.

El mismo argumento fue usado también en contra de los judíos que emigraron a consecuencia de la Segunda Guerra Mundial. En un trabajo en que se analiza el fenómeno de la inmigración, la semita es calificada como poco beneficiosa por su ocupación, en contraste con la de procedencia española. Al respecto, se apunta: "No puede considerarse como beneficiosa, máxime cuando la inmensa mayoría de estos elementos tornan sus esfuerzos hacia el comercio y a otras actividades con las que producen un desplazamiento peligroso para nuestros nacionales. En cambio, con el aporte de ciudadanos españoles... ha sucedido todo lo contrario. Ellos son elementos de una psicología muy semejante a la nuestra, y las labores que ya han desempeñado en algunas industrias, como la pesca y en ciertas ramas de la agricultura intensiva, han sido muy útiles para el progreso de ellas...".¹³

Aun cuando puede otorgarse algún crédito a estos argumentos —en cuyo trasfondo subyace el prejuicio racial— tienen, en el caso de los árabes, una aplicación limitada. Estos juicios pierden su razón de ser en el momento en que los inmigrantes incursionan en el campo empresarial, instalando fábricas e industrias, en las que ocupan abundante mano de obra nacional.

En realidad, la oposición aparece cuando los inmigrantes buscan por su cuenta los trabajos o labores económicas que desempeñarán sin atenerse al

¹² Sellán, Jorge, *La formación de la nacionalidad chilena*, Santiago, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad de Chile, 1952, 30.

¹³ Carvallo Hederra, Sergio, *El problema de la inmigración en Chile y en algunos países sudamericanos*, Santiago, Talleres Gráficos Simiente, 1945, 50.

papel que la sociedad les ha preasignado.¹⁴ Dentro de los planteamientos teóricos de la inmigración, en Chile la misión esencial del inmigrante fue colonizar; es decir, radicarse en aquellos territorios que los nacionales no tenían interés por poblar, y luego la de proveer de obreros especializados a la naciente industria. Pero estos planes eran aplicables a la inmigración dirigida, no al inmigrante que llega solo, sin apoyo. Es este último quien inquieta a la población, amenazando con arrebatárle o disputarle sus propias plazas de trabajo.

Sin embargo, con respecto a las tareas comerciales no debió plantearse disputa alguna, ya que es bien sabido que ellas no motivaban el interés de los chilenos. Al contrario, carecían de prestigio.

La condición de comerciantes de los árabes, según esto, constituía más una desventaja que un mérito. Encasillados en el oficio eran tratados despectivamente como "mercachifles" y eran frecuentemente motivo de burlas callejeras.¹⁵

¿Qué había de malo en ser comerciante? Nada. Pero no era la ocupación que inspiraba el mayor respeto de los chilenos. Detrás de ello había un prejuicio ancestral que la educación mantenía vigente. "Ensalzamos —decía críticamente Tancredo Pinochet— la vida netamente ideal y especulativa, despreciando los ideales materiales. Se nos dice que al niño hay que inculcarle ideales altos, muy encumbrados y no arrastrarlo por las trivialidades de la vida material y económica...". "Los intelectuales chilenos, con sus manos enguantadas de color perla, se glorían de ignorar todo trabajo manual, imaginando que están reñidas la cultura intelectual, la fortuna y la alta posición social con aquello de saber martillar un clavo o remachar un perno". "Nos ha llegado la hora —concluía el autor— de sacudir los viejos prejuicios coloniales que nos ordenaban no codearnos con el comerciante en géneros, oficio de villanos".¹⁶

Sin embargo, esto no era nada sencillo. La simple venta de productos en las calles era una escena que afectaba la sensibilidad de algunos chilenos, calificándola de espectáculo público reprochable: "En Santiago la libertad es libre —se anotaba en un periódico capitalino— y cada quien puede hacer en

¹⁴ Vial, Gonzalo, *Historia de Chile (1891-1973)*, v. 1, t. II, Santiago, Santillana del Pacífico, 1981, 728.

¹⁵ "En el momento que marchaba el carro fúnebre, que conducía los restos de nuestro compatriota Miguel Saba, tres militares que viajaban en la imperial de un tranvía que pasaba por allí, empezaron a gritar alegremente: ¡todo a cuarenta!, ¡todo a cuarenta!, al darse cuenta que éramos sirios", en *Aschabibat. La Juventud*, año I, N° 26, Santiago, 3 de noviembre de 1917.

¹⁶ Pinochet, Tancredo, *La conquista de Chile en el siglo XX*, Santiago, Imp. Lit. y Enc. La Ilustración, 1909, 147, 218. Este tema, el desprecio hacia el comercio y la industria, también está tratado por Francisco Antonio Encina en su libro *Nuestra inferioridad económica*, sexta edición, Santiago, Editorial Universitaria, 1986, 246 páginas.

privado o en público su regalada gana, como puede verlo quienquiera con sólo llegar hasta la Alameda. Allí verá a pocos pasos de la calle del Estado, que un turco, o cosa semejante, llega como a su casa y cuelga sus mercaderías de los barrotes de una ventana. Y la ventana queda con un empavesado completo de pañuelos de rebozo y de mano, espejos, jabones y medias, con todos los colores que da la anilina. El negocio comenzó de a poquitos, con mucho tino, pero empleando el socorrido recurso del abuso metódico, ahora el turco almuerza en su nueva tienda, y en ella recibe en la tarde a los compatriotas y agentes que van a la entrega de la jornada".¹⁷

Por añadidura, la "forma de hacer comercio" también fue enjuiciada. La ética, honorabilidad y ambición de los árabes en el desempeño del oficio fueron cuestionadas frecuentemente.

A juicio de los inmigrantes, estas acusaciones (infundadas) procedían principalmente de otros comerciantes, que veían disminuir en forma alarmante su clientela y que, a través del desprestigio, pretendían amedrentarlos. Según ellos, la base de su competitividad estaba en la venta a precios por debajo de lo habitual, y de ahí el enojo. Si esto era realmente así, es probable que los otros comerciantes lo interpretaran como "falta de lealtad con el gremio", que en cuestión de precios aún criterios.

Según los inmigrantes árabes, los comerciantes de las otras colectividades extranjeras aquí avencindadas experimentaban una tremenda cólera por su sistema de venta. "Estos preferían vender con un mínimo de ganancia que, a la larga, es el mejor negocio. Un sirio se alegraba de ganar —decían— 10 centavos en una caja de crema que vendía en un peso y que en otra parte expendían al doble".¹⁸

De otro lado, la mala experiencia con algún comerciante árabe ayudó al chileno a predisponerse en contra de toda la colonia, generalizando su juicio sobre ella, sin más. Así lo ilustra este párrafo escrito por Benedicto Chuaqui, basado en su propia experiencia como comerciante viajero: "Entré saludándolo con mucha zalamería y le dije que iba a verlo de parte de Sarquis y Chuaqui. Al oír el nombre frunció el entrecejo y, de mal talante, me inquirió: ¿De qué nacionalidad es esta firma? ¿Son turcos?

—Sí —le repliqué—, son sirios o turcos como equivocadamente los llaman aquí en Chile.

—¡Psh! —Hizo un gesto despreciativo—. ¡Turcos! Ni por nada. No, no. No quiero comprar nada a comerciantes turcos; desde un percance que me sucedió con uno de ellos les hice la cruz".¹⁹

¹⁷ "Callejeando", en *El Mercurio*, Santiago, 13 de abril de 1911, I.

¹⁸ Chuaqui, Benedicto, *Memorias*, 384-385.

¹⁹ Chuaqui, Benedicto, *Imágenes y confidencias. Segunda etapa de "Memorias de un emigrante"*, Santiago, Talleres Ahues Hermanos, 1945, 56-57.

La conducta de unos cuantos elementos inescrupulosos dañó, entonces, a la mayoría, que eran hombres honestos entregados por entero al trabajo. Trabajo que desempeñaban ininterrumpidamente día tras día sin descanso con el fin de superarse y progresar. Abrían sus tiendas incluso los domingos, ofreciendo sus productos como cualquier otro día de la semana, imitando en esto la práctica común de los otros comerciantes. Y aunque la prensa de la colonia planteó la necesidad de establecer un descanso o "cierre dominical", la proposición no fue acogida por todos, por lo menos no por los comerciantes de Santiago. En provincias, en cambio, hubo una mayor aceptación de la idea.²⁰ Así el acuerdo tomado por los comerciantes sirios de Curicó, en este sentido, fue publicado en detalle en las páginas del periódico *Aschabibat*, y calificado como un ejemplo digno de imitación.²¹

El principal objetivo que perseguía esta campaña era el de alejar a los comerciantes árabes de las agotadoras e interminables jornadas de trabajo que atentaban contra su salud. Sin embargo, también intentaba protegerlos de los resquemores que la práctica de servicio permanente despertaba entre la población, si bien era éste un uso común entre todos los comerciantes. Su conducta fue interpretada como una señal de ambición desmedida con miras al enriquecimiento rápido, y, de hecho, algunas publicaciones nacionales como *Zig-Zag* y *Las Últimas Noticias* incluyeron en sus páginas artículos reprobando el que comerciantes de esta nacionalidad abrieran sus puertas en días festivos como el 18 de septiembre.²²

Otra situación que dio pie a nuevas acusaciones en contra de los comerciantes árabes eran los frecuentes incendios ocurridos en sus tiendas, los que fueron calificados por la opinión pública como "intencionales". Se dijo que con el fin de cobrar los seguros comprometidos en sus casas comerciales y enfrentados a quiebras inminentes provocaban deliberadamente el fuego. El rumor se extendió a tal punto que muchas compañías de seguros se negaron a conceder pólizas a negocios cuyos dueños fueran árabes. El asunto preocupó a los miembros de la colonia no sólo por la imagen sino por el riesgo de que sus

²⁰ "Descanso dominical. La nueva ley", en *Aschabibat*, N° 4, Santiago, octubre de 1917.

²¹ "Después de una breve deliberación sobre el objeto, se llegó a la conclusión de firmar un convenio, entre todos los asistentes, comprometiéndose a no abrir sus almacenes los domingos y festivos. El que falte a dicho compromiso será denunciado en la prensa para que se incluya en una especie de 'lista negra' que será abierta por los comerciantes con el fin de boicotear a los que violen el compromiso". "Regocijados por este lado damos la noticia -concluyó el artículo- pero, por otra parte, nos sentimos envidiosos aquí en la capital que por mucho que hemos batallado no hemos podido conseguir que se pusieran de acuerdo los compatriotas para el cierre dominical...". "Digno de imitación. Nuestra colectividad en Curicó", en *Aschabibat*, N° 34, Santiago, 29 de diciembre de 1917.

²² En su defensa los comerciantes árabes indicaron que "todo el comercio general abrió sus puertas en dicha ocasión", en *Aschabibat*, N° 4, Santiago, octubre de 1917, 2.

inversiones comerciales quedasen desprotegidas. Y una vez más se dieron a la tarea de promover una campaña reivindicatoria en la prensa. Uno de dichos artículos decía: "Tenemos la satisfacción de que hace mucho tiempo que no ha habido un solo incendio en negocios de compatriotas nuestros en esta capital; y esto habla muy en alto de la honradez con que proceden nuestros connacionales en sus negocios". "Ahora ya se ha despejado la mala atmósfera sobre este punto y todas las compañías de seguro contra incendio se complacen en dar preferencia a nuestros compatriotas, porque han comprendido de sobra que son más honrados que muchos otros en sus procedimientos comerciales".²³

3. LOS PREJUICIOS RACIALES Y SOCIOCULTURALES

Los prejuicios raciales tuvieron buena parte de responsabilidad en la mala acogida dispensada a los árabes. Chile no propició una política de "puertas abiertas" a toda inmigración, y, desde un principio, hubo consenso en que la supervisión y selección de inmigrantes era lo más conveniente. De esta forma se elegía sólo lo que convenía al país, evitando admitir a cualquiera sin considerar su calidad moral o capacidad para el trabajo.²⁴ En atención a la futura mezcla con la población nacional, era necesario, entonces, escoger los inmigrantes que mejor compatibilizaran con ella y que, además, aportaran a la superación de sus características, incluidas las étnicas. Por eso los estudios y planteamientos teóricos al respecto presentaban una cuidadosa jerarquización de las nacionalidades más propicias para inmigrar a Chile, y Europa convertida en el modelo a imitar, parámetro de desarrollo y cultura, debía proporcionarlas. "En efecto, desde la década del '10 del siglo pasado el debate que se desarrolló sobre el tema en los círculos políticos, económicos y culturales enfatiza sin excepciones la importancia de la inmigración europea". "Subyacente a este debate, común a todos los interlocutores, está presente la admiración por Europa".²⁵ Vicuña Mackenna, por ejemplo, planteaba que, a su juicio, los alemanes, los italianos (lombardos) y suizos; los vascos y belgas; los irlandeses, escoceses e ingleses; los franceses y, finalmente, los españoles constituían las prioridades.

²³ *Aschabibat. La Juventud*, N° 41, Santiago, 16 de octubre de 1918.

²⁴ Vicuña Mackenna, Benjamín: *Bases del informe presentado al Supremo Gobierno sobre la inmigración extranjera por la comisión especial*, Santiago, Imprenta Nacional, 1865, 145.

²⁵ Stabili, María Rosaria, "Las políticas inmigratorias de los gobiernos chilenos desde la segunda mitad del siglo pasado hasta la década de 1920", en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, N° 2, Buenos Aires, abril de 1986, 194.

Este criterio permaneció latente en la opinión pública y fue aplicado por extensión a toda la inmigración, sin importar su condición de dirigida o espontánea, traduciéndose en una cierta aprensión hacia otros grupos étnicos.

La inmigración asiática, por otra parte, fue poco común en el resto de América, y la que hubo sufrió restricciones. De hecho, "el asentamiento en los nuevos continentes fue considerado un monopolio de las naciones blancas. Cuando en la segunda mitad del siglo XIX comenzaron a establecerse en los Estados Unidos, Canadá y Australia los inmigrantes del Lejano Oriente, se tomaron medidas que suprimieron la inmigración no blanca o la redujeron a proporciones insignificantes".²⁶

En Chile hubo opiniones divergentes sobre el tema, pero no se adoptaron medidas legales al respecto. Y si bien fueron las inmigraciones de origen chino y japonés las principalmente cuestionadas,²⁷ la árabe y la judía no lo fueron menos.

Según Carl Solberg, ellas estuvieron más expuestas a la crítica y a la difamación porque eran identificadas con razas que los chilenos consideraban inferiores. Las denuncias hechas por la prensa y varios intelectuales no sólo se orientaron a sus métodos comerciales, sino que emplearon crudos argumentos, diciendo que estos inmigrantes eran criaturas biológicamente inferiores, que debían ser excluidos del país.²⁸

En un artículo publicado en *El Mercurio* de Santiago, destinado a atacar el negocio callejero, se criticaba tácitamente a las autoridades por no fiscalizar qué extranjeros llegan a Chile y en qué condiciones de salud. Refiriéndose a los árabes expresaba: "ya sean mahometanos o budistas, lo que se ve y huele desde lejos, es que todos son más sucios que los perros de Constantinopla, y que entran y salen del país con la libertad que esos mismos perros disfrutaban en el suyo; pues nadie les pregunta quiénes son, de dónde vienen, ni para dónde van. Ni siquiera se comprueba si traen o no algunas de esas horribles y misteriosas plagas del Oriente, como es el caso de la lepra descubierta días pasados en Talcahuano, después de siete años que el infectado se pasea tranquilamente en este puerto, repleto de marineros chilenos. Y es así como han entrado a Chile por la gran vía de nuestras indolencias todas las plagas que al presente sufrimos...".²⁹

²⁶ Isaac, Julius, "Emigración y alimentos", en Davis Kingsley y Julius Isaac, *Poblaciones en movimiento*, Buenos Aires, UNESCO, 1951, 80.

²⁷ Véase: "Inmigración amarilla", en *Boletín de la Sociedad Nacional de Agricultura*, Santiago, vol. XXXVII, N° 32, 1906, 842-843; Villegas, Jorge, "Inmigración japonesa", en *Boletín de la Sociedad de Fomento Fabril*, Santiago, año XXXI, N° 7, 1917, 625-626.

²⁸ Solberg, *op. cit.*, 69-70.

²⁹ *El Mercurio*, Santiago, 13 de abril de 1911, 1.

Estas ideas preconcebidas y los argumentos sin ninguna base científica crearon una imagen decadente del inmigrante levantino. Ser "turco" constituyó un antecedente suficiente para el repudio automático, sin consideraciones posteriores. Como si se tratara de una enfermedad sin remedio. En ocasiones una relación amistosa basada en el buen trato y la educación era interrumpida abruptamente ante la confirmación de la procedencia árabe del sujeto que, a simple vista, ¡no parecía turco! Lo que confirma que el estereotipo tenía más fuerza que cualquiera buena razón esgrimida.

Es probable que el tipo físico del árabe llamara la atención, pues para la población general ellos eran totalmente desconocidos hasta antes de iniciada la inmigración. No habían antecedentes masivos de su presencia. La apariencia de algunos árabes, con rasgos exagerados, parecía no adecuarse a la concepción estética de los chilenos.

La condición social, cultural y económica del inmigrante árabe —por otro lado— exacerbó el repudio. Su situación económica era en extremo precaria. "Muchos de cuantos decidieron probar fortuna en el Nuevo Mundo eran tan pobres que se vieron obligados a solicitar préstamos para adquirir el pasaje".³⁰ Por lo mismo, en sus primeros años de permanencia en Chile vivieron y vistieron de acuerdo a sus posibilidades, es decir, modestamente, habitando los sectores marginales de la ciudad, donde instalaron sus pequeños comercios. Sin comodidades y sin los recursos necesarios, su aspecto un tanto descuidado, dio pábulo a juicios lapidarios. Para un chileno los "turcos" de la calle San Pablo no tenían ninguna noción de gentes, y vivían "como animales en sus cuartos inmundos". Eran sucios, ignorantes, mezquinos y sin siquiera interesarse —decía— por aprender el idioma del país en donde llegaron a vivir.³¹

Su extracción de "aldeanos humildes, cuya instrucción en nueve casos de cada diez era completamente nula"³² atentaba en su contra, dando alas a los detractores para nuevos embates.

La verdad es que la barrera del idioma impedía a aquellos más preparados —y los había— a mostrar sus conocimientos, o a desenvolverse fluidamente en sus relaciones con los chilenos, provocando las generalizaciones a las que hemos aludido, y que no se compadecían del todo con la realidad. Aun cuando, reiteramos, el nivel educacional de los inmigrantes era bajo, según ellos mismos honestamente han reconocido. Abraham Atala Zacur, quien se inició como buhonero en el sector de San Pablo y Matucana, y que en el curso de los

³⁰ Chuaqui, Benedicto, "Arabes en Chile", en *Américas*, Washington, enero de 1953, 21.

³¹ Chuaqui, Benedicto, *Memorias*, 401. Este juicio fue recogido por el propio Benedicto Chuaqui de un compañero suyo en la Compañía de Bomberos a la que pertenecía, y que en principio se había opuesto a su ingreso, debido al origen del escritor.

³² Chuaqui, *Arabes*, 21.

años consiguió una sólida formación cultural a la vez que una holgada situación económica, comentó:

"Muchos analfabetos que vendían puerta a puerta con créditos, no sabían anotar el nombre, ni la dirección de sus deudores. Inventaron un sistema parecido al de los carteros. Cuando la dueña de casa o casera se entraba, hacían unas rayitas en algún lugar del frontis, las que iban borrando a medida que eran canceladas las cuotas"³³

4. EL NACIONALISMO, LA XENOFOBIA Y OTROS AGRAVANTES

El período de llegada de los árabes a Chile coincidió, por un lado, con el momento en que el interés por la inmigración apoyada por el Estado decaía notoriamente, y, por otro, con el surgimiento de los primeros síntomas de nacionalismo, aparejado de algunas muestras de xenofobia.

Hacia fines del siglo pasado el país asistía a una profunda crisis social, producto de cambios económicos y demográficos. La explotación de las riquezas salitreras había activado la economía, permitiendo el enriquecimiento de un sector de la población, con la ayuda adicional de inversiones extranjeras, principalmente capitales ingleses. Sin embargo, contribuyó también a deprimir aún más las actividades agrícolas, motivando la emigración de un importante segmento de la población de las zonas rurales hacia el centro y norte del país, en busca de mejores oportunidades.

Los nuevos elementos, entroncados con la clase terrateniente tradicional, dueños de considerables fortunas, se inclinaron por el lujo y la fastuosidad. Y el austero estilo de vida, característico de la clase dirigente, dio paso al cosmopolitismo, y al consumo suntuario sin medida. Así, Santiago lució sofisticadas mansiones de estilos diversos, que competían por su imponencia.

Paralelamente fue tomando cuerpo una clase proletaria, una masa constituida por obreros y ex trabajadores del campo, sin recursos económicos, que atestaron las ciudades habitando en cuartos redondos y conventillos. Al margen de las condiciones mínimas de higiene y salud, expuestos a los despidos arbitrarios, con salarios ínfimos y desprotegidos por la falta de una legislación laboral, este grupo tomó conciencia de sí mismo y se movilizó para conseguir el mejoramiento de su situación.

De hecho, "en este período de intensa crisis social y moral se produce una extrema polarización de la riqueza y la miseria, se quiebra el consenso entre

³³ Testimonio de Abraham Atala Z., inmigrante, recogido en el artículo "Árabes de Chile", en *Revista del Domingo de El Mercurio*, op. cit., 197.

los estratos de la sociedad y se experimentan los más trágicos enfrentamientos sociales".³⁴ La militancia obrera dio pie a continuas huelgas, con las consiguientes consecuencias. "En breve lapso se suceden la huelga portuaria de Valparaíso (1903), el estallido popular en Santiago por el alza de la carne (1905), la huelga de Antofagasta (1906) y la de Iquique (1907), que dejan innumerables muertos y heridos. Un autor calcula que entre 1911 y 1920 hubo 293 luchas violentas, en que participaron cerca de 150.000 obreros".³⁵

Otro elemento que agravó el crítico cuadro reseñado fue el problema de la inmigración y de la colonización que, dado el contexto, suscitó renovada polémica.

El Estado ejerció una acción oficial en favor de la inmigración, desplegado esfuerzos humanos, técnicos y económicos en este sentido. Los planes y programas desarrollados para su fomento contemplaron granjerías y beneficios para quienes se acogieran a ellos, lo que fue interpretado por muchos como un privilegio inaceptable para los intereses extranjeros, en medio de las necesidades de los nacionales.

Hacia 1907 el censo indicaba que el número de extranjeros en el país en esa fecha había superado todas las cifras anteriores, 134.524 personas.

Analizando y denunciando los diversos aspectos de esta crisis global, surgió, a principios del siglo, un círculo de ensayistas de orientación nacionalista, cuyo trabajo se caracterizó por una independencia crítica frente a los partidos políticos, una poderosa actitud popular nacionalista y una impregnación de valores éticos.³⁶ Nicolás Palacios, Luis Ross, Tancredo Pinochet, Alejandro Venegas y Francisco Antonio Encina —entre otros— abordaron, en alguna medida, la problemática migratoria y enfocaron la presencia extranjera como una amenaza para la población nacional, dando la voz de alarma del peligro de la desnacionalización.

Sus postulados involucraron tanto a la inmigración protegida como a la espontánea, y no escapó ninguna de las nacionalidades residentes; alemanes, españoles, italianos, judíos, árabes y demás grupos extranjeros tuvieron su parte en las acusaciones presentadas.

El éxito y el rápido enriquecimiento logrado por los extranjeros —se dijo— fue producto del desplazamiento de los chilenos, que en ciertos casos emigraron a los países fronterizos en busca de empleo. Instalados en las ciudades

³⁴ Godoy, Hernán: "El pensamiento nacionalista en Chile, a comienzos del siglo XX", en *Dilemas*, N° 9, Santiago, 1973, 33.

³⁵ Véliz, Claudio: "La mesa de tres patas", en Godoy, Hernán, *Estructura social de Chile*, Santiago, Ediciones Universitarias, 1971, 243.

³⁶ Godoy, *El pensamiento...*, 32-33.

competían social y económicamente con los nacionales, e invadiendo las distintas estructuras impedían la expansión de los sectores bajos y medios.

Los oficios desempeñados por los inmigrantes se tornaron odiosos para el mediócrata nacional. "Extranjero era el comerciante minorista que le vendía menestras indispensables a altos precios, que lo apuraba por sus cuentas siempre insolutas, que le fiaba, pero recargando intereses exorbitantes. Extranjero el prestamista que le vaciaba los escuálidos bolsillos y se quedaba con sus pobres muebles a costo vil, y usando incontables martingalas. Extranjero quien le vendía el alcohol embrutecedor, y así sucesivamente".³⁷ En suma, el chileno sentía herido su orgullo y consideraba esta dependencia opresiva y humillante. Nicolás Palacios contribuyó a levantar la autoimagen nacional y a aumentar el descrédito extranjero con su libro *Raza chilena*. Rechazó la inmigración por innecesaria, juzgando suficiente la población nacional para la colonización de los terrenos disponibles. No trepidó en denunciar a los "turcos" como tratantes de blancas que disimulaban su oficio tras la fachada de buhoneros y mercachifles ambulantes, y a los inmigrantes de origen latino de monopolizar el comercio y la industria utilizando prácticas deshonestas. Con exageración indicó que el 90% de los incendios de las casas comerciales de extranjeros eran intencionales, para el cobro de seguros. Advirtió del riesgo de la mezcla de la "raza chilena" con la africana, y de las funestas consecuencias de aceptar inmigrantes italianos, sin control, pues de seguro vendrían "socialistas, anarquistas, mafiosos y demás inadaptados... a perturbar la marcha armónica social".³⁸

Tancredo Pinochet habló de una "invasión extranjera" de migrantes sin equipaje,³⁹ que ostentaba una actitud de desdén y desprecio por esta tierra, a diferencia de los inmigrantes de mediados del siglo pasado que "profesaban hondo cariño por Chile y tenían la honra de llamarse chilenos". Cita los ejemplos de Bello, Philippi, Gay, Domeyko y otros.⁴⁰

Encina, por su parte, influido fuertemente por Palacios, dijo que los extranjeros se llevaban las ganancias aquí obtenidas a sus países de origen, entorpeciendo de esta forma el desarrollo de la economía nacional. Reclamó airadamente porque —a su juicio— la inmigración no era de trabajadores sino de hombres de negocios que ataban a Chile a la economía europea, y desde su banca en el Congreso se opuso a los subsidios gubernamentales para ella.⁴¹

³⁷ Vial, *op. cit.*, 728.

³⁸ Palacios, Nicolás, *Raza chilena. Tomo II*, segunda edición, Santiago, Editorial Chilena, 1918, 258-259; 125-126; 296; 342.

³⁹ Pinochet, Tancredo, *La conquista de Chile en el siglo XX*, Santiago, Imp. Lit. y Enc. "La Ilustración", 1909, 253 páginas.

⁴⁰ Godoy, *op. cit.*, 36.

⁴¹ Solberg, *op. cit.*, 66-67.

Un poco antes, hacia fines del siglo, y a causa de la contratación de profesores alemanes para el recién fundado Instituto Pedagógico, había tenido lugar un encarnizado debate en el que Eduardo de la Barra fue una de las figuras más destacadas.⁴² Valentín Letelier apoyó a los maestros extranjeros en la tarea de reformar la educación sobre bases científicas, pero desde el clero y la clase media intelectual se alzaron protestas: "Se importan profesores para enseñar historia y geografía, como si los chilenos no conocieran esos ramos", dijo Julio Zegers. Se caricaturizó a los germanos presentándolos como disolutos y bebedores de cerveza. De la Barra preguntó si Chile era para los alemanes o para los chilenos y reclamó porque a aquéllos se les pagaba en oro, mientras que a los últimos en papel moneda.⁴³

Pero a las protestas provenientes inicialmente del sector intelectual se sumaron luego las de la prensa, de las organizaciones obreras y de los partidos políticos. La Sociedad de Obreros e Instrucción Primaria protestó en 1903 contra el establecimiento de *boers* y la cesión de terrenos públicos de Nueva Imperial; así también lo hicieron las asociaciones proletarias con sus publicaciones antiimperialistas, y la Sociedad de Obreros, Socorros Mutuos e Instrucción Primaria de Temuco.⁴⁴ Por su parte, el "Partido Democrático —primera expresión política del movimiento obrero chileno— se pronunció decididamente contra la inmigración haciendo notar que, a diferencia de cuanto se decía, los extranjeros no sólo no habían resuelto los problemas económicos del país; no sólo se habían enriquecido y lentamente se insertaban en el grupo que dominaba el país, sino que en lugar de hacerse portadores —como se esperaba— de nuevos valores sociales, en la mayor parte de los casos resultaban ser los peores explotadores de sus subalternos. Y en cuanto a los inmigrantes que no habían logrado ascender en la escala económica y social, el Partido Democrático afirmaba que éstos representaban una amenaza para el mercado de trabajo del nacional".⁴⁵

Respecto al partido nacionalista, si bien no logró perdurar en el tiempo, su programa político consultó, entre otros objetivos, la nacionalización de los recursos naturales y una educación con espíritu nacional y orientación económica.⁴⁶ Esto último porque parte del éxito económico obtenido por los

⁴² Barra, Eduardo de la, *La vida nacional. El embrujamiento alemán*, Santiago, Establecimiento Poligráfico Roma, 1899, 244 páginas.

⁴³ Solberg, *op. cit.*, 78.

⁴⁴ Blancpain, Jean-Pierre, "Intelligentsia et immigration européenne au Chili de l'Independence", en *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, N° 18, 1981, 281.

⁴⁵ Stabili, *op. cit.*, 196-197.

⁴⁶ Godoy, *op. cit.*, 38.

inmigrantes fue atribuido al desinterés y poca preparación evidenciada por los chilenos en estas actividades.

Se ha planteado que estos ataques "más que estar dirigidos contra el fenómeno inmigratorio en sí, tenían el sentido de reivindicar los valores chilenos y la identidad nacional frente al europeísmo extremo y acético de los connacionales. Criticaban la actividad de quienes veían en la inmigración europea la panacea para los males del país e interpretaban esta actitud como una máscara para esconder un desinterés de la clase dirigente chilena, sea frente a un efectivo desarrollo industrial del país como frente a las clases de menores recursos".⁴⁷

Sin embargo, sean cuales fueren las verdaderas razones de este movimiento nacionalista, lo cierto es que la población chilena se hizo eco de la campaña de reivindicación nacional. Y que en la práctica los extranjeros fueron hostilizados de muchas formas, manteniéndose vigentes los resabios de este descontento del chileno frente al extranjero por largo tiempo. Incluso las disposiciones establecidas en la Ley de Empleados Particulares, promulgada definitivamente el 11 de noviembre de 1925, y en el Código del Trabajo, de 1931, pueden inscribirse en este contexto. Dicha ley estipuló en su artículo 1° que los empresarios que ocuparan más de cinco empleados debían enganchar en su personal a lo menos un 75% de chilenos. El Código, por su parte, prevenía (título IV, art. 115) que el 85% como mínimo, del total de empleados que sirviera a un mismo empleador, debía ser de nacionalidad chilena.

Según lo expuesto, queda claro que el hostigamiento inferido a los inmigrantes árabes se enmarca en una situación más general, de rechazo al extranjero como tal, y no exclusivamente en razón a su nacionalidad específica. Por cierto que las experiencias de cada grupo inmigrante difieren unas de otras, pero no puede desconocerse que hubo un ambiente de resentimiento que los afectó a todos en su condición de inmigrante.

Es probable —eso sí— que el "desamparo" de los árabes en Chile haya contribuido a un maltrato más frecuente y notorio. Porque si otros como ellos llegaron independientemente, sin protección estatal o de agencias privadas, contaron en forma indirecta con el respaldo de las autoridades de sus países de origen. Con mayor razón esto ocurrió con los inmigrantes contratados. No así con los árabes.

Los italianos, por ejemplo, que, vía inmigración apoyada, se afincaron en Concepción recurrieron en variadas oportunidades a su representante diplomático acreditado para quejarse del trato recibido o de las condiciones en que fueron hospedados. La protección brindada a los ciudadanos italianos no se hizo esperar cuando un grupo de ellos fue agredido en un confuso incidente.

⁴⁷ Stabili, *op. cit.*, 196.

"El suceso fue conocido hasta en la propia Italia a través de artículos periodísticos, originando incluso consultas en la Cámara de Diputados al ministro de Relaciones Exteriores, señor De Rudini, quien se comprometió a aclarar el asunto, advirtiendo a la vez que así como los italianos en el exterior tenían derecho a la protección de su gobierno, debían por su parte respetar las leyes de los países que los reciben".⁴⁸ Otro tanto sucedía con los inmigrantes de las otras nacionalidades.

¿A quién recurrían los árabes? Aquellos que emigraron de Siria, Palestina o el Líbano, en la época en que estos territorios pertenecían al Imperio Otomano, mal podían aspirar al apoyo o protección de un Estado del que salieron por opresivo. Este, además, en sus últimos años se vio comprometido en diversas guerras internas y externas, "acontecimientos que le habrían impedido forzosamente preocuparse de sus súbditos en el extranjero"⁴⁹ de mediar alguna intención. Su caída tampoco redundó en la instauración de países independientes o autogobernados, con representación en el exterior, sino —como se sabe— en protectorados ejercidos por Francia e Inglaterra,⁵⁰ que se prolongaron, según el sentir de la población local, más allá de lo deseado. Así, los árabes de la otrora Gran Siria, empeñados en la reivindicación de sus propios derechos y en conseguir la emancipación definitiva, no estuvieron en condiciones de entregar su respaldo diplomático a sus compatriotas del Nuevo Mundo. Al contrario, los inmigrantes aquí radicados se movilizaron más de una vez en pro de ayuda material a sus hermanos, o para crear conciencia de las causas nacionalistas árabes. Así ocurrió, por ejemplo, cuando el Imperio entró a la Primera Guerra Mundial, con las consecuencias de hambre y destrucción para sus súbditos. El *Aschabibat* dijo: "Los sirios radicados fuera de su patria, todos, se han apresurado a enviar socorros a sus desgraciados hermanos, y no fue despreciable la suma de dinero que se ha enviado desde Francia, Egipto, Norteamérica, Brasil, Argentina y Chile...".⁵¹

Tan sólo a partir de la emancipación efectiva de estos territorios comenzaron las acciones más concretas, que culminaron con la instalación de embajadas árabes en Chile y demás países. Fue recién en 1953 que los árabes en Paraguay recibieron la primera representación diplomática de la República Árabe de Siria, luego de ocho años de gestiones.⁵² En Chile, primero hubo un

⁴⁸ Mazzei, Leonardo, *La inmigración italiana en la provincia de Concepción, 1890-1930*, tesis. Santiago, Instituto de Historia. Pontificia Universidad Católica de Chile, 1989, 283-286.

⁴⁹ *Aschabibat*, N° 2, Santiago, agosto de 1917, 1.

⁵⁰ En este caso, entonces, debían recurrir a los consulados franceses o ingleses en Chile, situación que al parecer no fue frecuente.

⁵¹ *Aschabibat*, N° 1, Santiago, julio de 1917.

⁵² Domínguez Dib, Humberto, *Vigencia y presencia árabes en el Paraguay*, Asunción, Editorial Cromos, 1977, 25.

cónsul honorario, y luego, en 1958, se inauguró una embajada de la República Árabe Unida. La embajada siria data de 1962.⁵³

Esta larga "orfandad" vivida por los inmigrantes árabes en Chile los expuso más fácilmente a atropellos reiterados. Tuvo también otras implicancias, entre ellas dificultades en la obtención de diversos documentos necesarios para efectuar trámites de orden civil o judicial, tales como legitimación de matrimonios celebrados en Siria, Palestina o el Líbano, comprobación de parentescos en casos de herencia, etc. Dichas gestiones resultaban engorrosas y lentas al recurrir a consulados extranjeros por cuyo intermedio se solicitaba la remisión de los certificados. Era frecuente que ellos concluyeran sin resultado alguno.⁵⁴

Otra consecuencia de la tardía instalación de una representación diplomática árabe en Chile fue la desunión que se manifestó al interior de la colonia por ausencia de un organismo o ente coordinador.

5. LA "INVASIÓN" ÁRABE

El éxito obtenido por la colonia árabe en el plano económico y la figuración de algunos de sus miembros en altos cargos públicos constituyó otra fuente de malestar.

Hacia 1950 ellos consiguieron cimentar una sólida situación económica, después de superar las etapas de comercio ambulante, establecido y mayorista e incursionar en el campo industrial. Como consecuencia de esto se verificaron transformaciones en cuanto al rol desempeñado, a la aceptación social y al acceso a nuevas áreas de interés, tales como la política, la cultura y la diplomacia.

El inmigrante demostró así su capacidad de salir adelante, enfrentando condiciones adversas y mínimos recursos. De esta forma, y con las conquistas materiales como prueba irrefutable de empuje, legitimó su presencia dentro de la comunidad nacional.

Sin embargo, el acceso a más y mejores opciones fue percibido por los chilenos como una "invasión" por parte de los representantes de esta colonia, y no tardaron en expresar su desagrado.

La novela satírica *Un ángel para Chile*, escrita por Enrique Bunster en 1959, fue fiel reflejo de esta sensación generalizada de invasión de los círculos

⁵³ *Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores*, Santiago, 1957-1963.

⁵⁴ Gianelli Pozzi, Carlos, "Algunas consideraciones sobre el estado civil de los árabes en Chile", en *La Reforma*, número especial, Santiago, enero de 1935, 47 y "A la colonia árabe en Chile. Algunas consideraciones sobre el estado civil y constitución de la familia árabe residente en Chile", en *Al Hadi*, año II, Santiago, 15 de octubre de 1930, 6.

exclusivos. Basándose en la importancia económica y política adquirida por los árabes a mediados del 50, Bunster proyecta la imagen de la sociedad chilena en el año 2015. En esta fecha, presenta a los "turcos" en el Club de la Unión, tradicionalmente reservado a la clase alta chilena,⁵⁵ y a los apellidos árabes desplazando a los aristocráticos apellidos vinosos.⁵⁶

En este mundo de ficción el joven Ruiz Tagle sirve de mozo en el Banco de Chile bajo las órdenes del gerente general: Salomón Yussef Sahid. Don Salomón, que se desplaza por la ciudad en un Rolls-Royce y habita "un palacio de estilo morisco, situado en la avenida Harún al Raschid del suntuoso barrio Apoquindo" es el autor, además, del libro *Memorias de un hombre de crédito*.⁵⁷

El cargo de Presidente de la República lo desempeñaba Boabdil Chacrur Atala, "un hombre de méritos, nieto de un conductor de camellos en las rutas de Arabia". Chacrur, "moreno, recio y simpático", se empeña en hacer un gobierno progresista con "la colaboración de su ministro de finanzas, Fuad Betinyani, fundador de un consorcio de medias nylon".⁵⁸ Otros puestos de importancia también aparecen servidos por árabes: el cónsul de Chile en Estados Unidos era un señor Musalem y el presidente de la Cámara de Diputados don Gamal Abuabua.⁵⁹

La importancia e influencia de los árabes en la economía nacional fue graficada por Bunster a través de adquisiciones millonarias: "Por el precio de mil seiscientos millones de pesos, el lujoso establecimiento ha pasado a ser propiedad de la Sociedad Inmobiliaria Chilena, formada con los aportes de Pedro Abubdala S.A., la comunidad Katán-Abuabua y la firma Betinyani y Compañía" y por la denominación de una moneda alternativa, los betinyanis: "En Chile existe una moneda simbólica para precaverse de las fluctuaciones cambiarias. La antigua aristocracia agrícola usó con este objeto el saco de trigo; la plutocracia textil que hoy controla el país introdujo como patrón regulador la media nylon".⁶⁰

Los párrafos citados ilustran las aprensiones del momento. Exageradas, por cierto, pero no completamente divorciados de la realidad. Donald Bray las

⁵⁵ Miguel Labán Jappaz ingresó al Club de la Unión en 1935, y fue el primer representante de la colonia en este lugar, y único por décadas.

Bunster da la voz de alarma de una probable incorporación masiva.

⁵⁶ Bray, Donald W., "The political emergence of arab-chileans, 1952-1958", en *Journal of Inter-American Studies*, Gainesville, vol. IV, N° 4, octubre de 1962, 557.

⁵⁷ Bunster, Enrique, *Un ángel para Chile*, octava edición, Santiago, Editorial del Pacífico, 1962, 21, 27, 29.

⁵⁸ Bunster, *op. cit.*, 54.

⁵⁹ Bunster, *op. cit.*, 58, 140.

⁶⁰ Bunster, *op. cit.*, 26.

atribuye al notable progreso que evidenciaron los árabes bajo la administración de Carlos Ibáñez entre los años 1952 y 1958, traducido en una clara injerencia política.

Pero no fue sólo Bunster quien denunció la situación. "¡Me voy...! Chile es ya un país invadido por los árabes", dijo en tono humorístico Ricardo Latcham al partir a España. "Y otro ciudadano de nombre aristocrático agregó: ¡nosotros hemos dejado de ser las llamadas cincuenta poderosas familias de la oligarquía! Los turcos se han quedado con todo".⁶¹

En efecto, en este período, los árabes o chileno-árabes ejercían funciones de importancia: parlamentarias, diplomáticas y ministeriales, además de económicas. José Musalem, Marco Antonio Salum, del Partido Agrario Laborista, y Alejandro Chelén, del Partido Socialista Popular, integraban la Cámara de Diputados en 1952 (pertenecían a partidos que apoyaron a Ibáñez en su candidatura). También figuraban Alfredo Nazar y Elías Melej (en la oposición). Como embajadores fueron designados Alejandro Hales, en Bolivia, y Miguel Labán en Siria y el Líbano. Hales desempeñaría, más tarde, la cartera de Agricultura y Rafael Tarud el Ministerio de Economía y Comercio.⁶² Este último nombramiento desató gran polémica en la opinión pública de la época.

Los chilenos encontraron dos explicaciones para justificar la profusión de cargos públicos en manos de árabes: primero, que Ibáñez, resentido con la elite social que antes lo había segregado, se deleitaba ahora haciéndolos depender de las decisiones de sus funcionarios árabes; y segundo, que los árabes, habiendo invertido económicamente en la campaña de Ibáñez, eran recompensados con esas nominaciones.⁶³

En 1953, el ministro de Economía y Comercio enfrentó una acusación en el Congreso Nacional: se dijo que usaba su poder administrativo para sacar ventajas en beneficio propio y de los industriales de ascendencia árabe.

"El Imperio tarudiano —señalaba un artículo publicado en la revista VEA, con anterioridad a la acusación— extiende sus ramificaciones por todos los senderos de la economía nacional por medio de las dos subsecretarías del ministerio, la de Comercio y la de Transporte. A través de la primera controla el comercio interior y exterior, para lo cual se creó el Instituto Nacional de Economía (INACO), la fijación de los costos y precios y la producción esencial industrial y de alimentos; la fijación del cambio monetario y los tratados comerciales. A través de la segunda subsecretaría controla el transporte terrestre, aéreo y marítimo. Este inmenso poder se prolonga a través de la Corporación de Fomento y sus industrias fundamentales, hasta el corazón mis-

⁶¹ Chamudes, *op. cit.*, 28.

⁶² Bray, *op. cit.*, 558-559.

⁶³ Bray, *op. cit.*, 558.

mo de la economía nacional, colocando en las manos de Rafael Tarud Siwady una concentración de poder como jamás en Chile ministro alguno tuvo en sus manos en lo que lleva recorrido este siglo".⁶⁴

Rafael Tarud se defendió diciendo que se trataba de una persecución de la derecha económica. Años más tarde, en 1969, a raíz de conceptos despectivos emitidos por Pedro Ibáñez en contra de destacados ciudadanos chilenos de ascendencia extranjera, reafirmó esta convicción: "Yo mismo he sido objeto de estos ataques bajos de parte de la derecha. A mí mismo, la derecha a la que toqué en sus especulaciones cuando fui ministro del general Ibáñez, me quiso lanzar como una afrenta mi condición de descendiente de árabe. No obtuvieron otra cosa que repudio de la opinión pública... Quienes han salido perdiendo en estas confrontaciones son quienes intentaron convertir el problema de la ascendencia en un instrumento de ataque personal...".⁶⁵

No obstante, Tarud fue removido de su cargo en octubre de 1953 para calmar los ánimos. Más adelante tendría nuevas responsabilidades. Inocente o no de las acusaciones de las que fue objeto, lo cierto es que la ascendencia extranjera, y particularmente árabe, del ministro exacerbó la polémica otorgándole connotaciones racistas.

Marcos Chamudes, desde su tribuna radial, se refirió al tema con el título de "Racismo antiarábico". Allí intentó hacer un análisis objetivo de la cuestión y señaló que, a su parecer, los políticos árabes no actuaban en función de sus intereses como colonia, sino más bien como militantes de partidos políticos. Dejó en claro su condición, ante todo, de chilenos, integrados al país y preocupados de su bienestar y progreso. Presentó a Tarud como "talquino, católico, apostólico y romano", a Musalem como abogado egresado de la Universidad de Chile, al diputado socialista Alejandro Chelén como dueño de una indiscutible y "auténtica chilenidad", y a Marco Antonio Salum como "más chileno que el Barrio Alto y la Avenida Providencia". Concluyó argumentando que el asunto era reprochable y que iba en detrimento de la democracia.⁶⁶

En realidad, los árabes ya habían incursionado en actividades de servicio público y de orden político, aunque muy discretamente, desde hacía unas cuantas décadas. En 1935 se presentó a candidato para regidor Luis Lama⁶⁷ y en las elecciones municipales de 1950 veintidós árabes o hijos de árabes obtuvieron votaciones que les permitieron formar parte del gobierno comunal del país como regidores o alcaldes y algunos de ellos, como Luisa Chijani, José Láscar,

⁶⁴ VEA, N° 740, Santiago, 17 de junio de 1953, 4.

⁶⁵ *Mundo Árabe*, Santiago, segunda quincena de octubre, 1969, 3.

⁶⁶ Chamudes, *op. cit.*, 28-30.

⁶⁷ *La Reforma*, N° 178-179, Santiago, 30 de marzo de 1935.

Jorge Esbir, Nicolás Alamo Appara y Emilio Zalaquett, fueron reelectos en más de una oportunidad.⁶⁸

Gradualmente también se postularon como parlamentarios. En las elecciones de 1949, Carlos Melej y Alfredo Nazar, representando a Atacama y Santiago, respectivamente, consiguieron llegar a la Cámara de Diputados. En la misma oportunidad lo hicieron Víctor Valech Sarquis y Guillermo Noemi, aunque con menos suerte.⁶⁹

No obstante, fue a partir de la administración señalada que los miembros de la colonia dieron inicio a una participación más numerosa en ambas cámaras: aparte de los ya mencionados ingresaron Alejandro Noemi Huertas, Juanita Dip, Margarita Paluz, Juan Tume y Mario Hamuy, entre otros.⁷⁰ Con todo, transcurridas ya varias décadas, no son pocos los chileno-árabes que siguen figurando con luz propia en destacados cargos políticos y públicos.

BIBLIOGRAFÍA

1. FUENTES:

Dirección General de Estadísticas: *Censo de la República de Chile levantado el 28 de noviembre de 1907*, Santiago, Imprenta y Litografía Universo, 1908. 1.320 páginas.

Memorias del Ministerio de Relaciones Exteriores, Santiago, 1955-1963.

Al Hadi, Santiago, 1929.

Al Murched, Santiago, 1912-1917.

Al Watan, Santiago, 1920-1928.

Aschabibat. La Juventud, Santiago, 1917-1920.

La Juventud Ilustrada, Santiago, 1917-1918.

Mundo Arabe, Santiago, 1935-1950.

La Reforma, Santiago, 1930-1942.

2. LIBROS, ARTICULOS Y FOLLETOS:

Barra, Eduardo de la: *La vida nacional. El embrujamiento alemán*, Santiago, Establecimiento Poligráfico Roma, 1899.

Blancpain, Jean-Pierre: "Intelligentsia et immigratio européenne au Chili de l'Independence", en *Jahrbuch für Geschichte von Staat. Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, Colonia, N° 18, 1981.

Bray, Donald W.: "The political emergence of arab-chileans, 1952-1948", en *Journal of Inter-American Studies*, Gainesville, vol. IV, N° 4, 1962.

⁶⁸ "Contribución de nuestra colectividad al Gobierno Comunal", en *Mundo Arabe*, N° 150, Santiago, 20 de mayo de 1950, 24-25.

⁶⁹ "Chilenos de ascendencia árabe en el Parlamento", en *Mundo Arabe*, Santiago, 11 de marzo de 1949, 4.

⁷⁰ "Hijos de árabes en el Parlamento", en *Mundo Arabe*, N° 623, Santiago, mayo de 1965, 11.

- Bunster, Enrique: *Un ángel para Chile*, octava edición, Santiago, Editorial del Pacífico, 1962. 159 páginas. "Callejeando", en *El Mercurio*, Santiago, 13 de abril de 1911.
- Carvallo Hederra, Sergio: *El problema de la inmigración en Chile y en algunos países sudamericanos*, Santiago, Talleres Gráficos Simiente, 1945.
- Chamudes, Marcos: *Cuidado, no me desmienta... (Historia de una jornada)*, Santiago, Editorial Alonso de Ovalle.
- Chuaqui, Benedicto: "Arabes en Chile", en *Américas*, Washington, 1953.
- Chuaqui, Benedicto: *Imágenes y confidencias. Segunda etapa de "Memorias de un emigrante"*, Santiago, Talleres Ahues Hermanos, 1945.
- Chuaqui, Benedicto: *Memorias de un emigrante*, Santiago, Editorial Orbe, 1942.
- Domínguez Dib, Humberto: *Vigencia y presencia de los árabes en el Paraguay*, Asunción, Editorial Cromos, 1977.
- Encina, Francisco Antonio: *Nuestra inferioridad económica*, sexta edición, Santiago. Editorial Universitaria, 1986.
- Estatuto de la Juventud Homsienne Siria*, Santiago, Imprenta Pino, 1914.
- Godoy, Hernán: "El pensamiento nacionalista en Chile a comienzos del siglo XX", en *Dilemas*, Santiago, N° 9, 1973. "Inmigración amarilla", en *Boletín de la Sociedad Nacional de Agricultura*, Santiago, vol. XXXVII, N° 32, 1906.
- Isaac, Julius: "Emigración y alimentos", en Davis, Kingsley y Julius Isaac: *Poblaciones en movimiento*, Buenos Aires, UNESCO, 1951.
- Mazzei, Leonardo: *La inmigración italiana en la provincia de Concepción, 1890-1930*, Santiago, Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, 1989.
- Palacios, Nicolás: *Raza Chilena. Tomo II*, segunda edición, Santiago, Editorial Chilena, 1918.
- Pinochet, Tancredo: *La conquista de Chile en el siglo XX*, Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación La Ilustración, 1909.
- Sanfuentes, Andrés: *La influencia de los árabes en el desarrollo económico de Chile*, Santiago, Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Chile, 1964.
- Sellán, Jorge: *La formación de la nacionalidad chilena*, Santiago, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad de Chile, 1952.
- Solberg, Carl: *Immigration and Nationalism. Argentina and Chile, 1890-1914*, Austin, University of Texas Press, 1970.
- Stabili, María Rosaria: "Las políticas inmigratorias de los gobiernos chilenos desde la segunda mitad del siglo pasado hasta la década de 1920", en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, N° 2, Buenos Aires, 1986.
- Tasso, Alberto: "Migración e identidad nacional", en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, año II, N°s 6-7, Buenos Aires, 1987.
- Véliz, Claudio: "La mesa de tres patas", en Godoy, Hernán: *Estructura social de Chile*, Santiago, Ediciones Universitarias, 1971.
- Vial, Gonzalo: *Historia de Chile (1891-1973)*, v.1, t. 2, Santiago, Santillana del Pacífico, 1981.
- Vicuña Mackenna, Benjamín: *Bases del informe presentado al Supremo Gobierno sobre la inmigración extranjera por la comisión especial*, Santiago, Imprenta Nacional, 1865.
- Villegas, Jorge: "Inmigración japonesa", en *Boletín de la Sociedad de Fomento Fabril*, Santiago, año XXXI, N° 7, 1917.